

ct

Ah!

de
Laia Alsina Ferrer

(fragmento)

Un texto sin personajes para una actriz y dos actores.

Actor 1

El de abajo, El hombre, 1, Voz 1

Actor 2

El de arriba, 2, Voz 2.

Actriz

Judit, 3, Voz 3

Este texto fue estrenado en abril de 2017 en la Sala Atrium de Barcelona por la compañía El martell. Con Cristina Arenas, Josep Sobrevals y Martí Salvat en el reparto.

Oscuro. Silencio. Unos segundos y un grito a tres voces, dos de hombre y uno de mujer. Largo, persistente, atronador. Pero no un grito de dolor o de sufrimiento, sino más bien un grito de rabia, de liberación. Un grito que ha estado callado durante siglos y que ahora, al fin, se ha producido.
Luz.

1. El asesinato.

Judit y El hombre.

JUDIT

Con tus chillidos empieza todo. Estás atado, inmóvil, estás muerto de miedo. Sin escucharte demasiado, voy chamuscando lentamente tu piel, ¡bah!, ¡qué peste!, como la de la incineradora aquella que está tocando al Carrefour, ahora que lo pienso. Te doy vuelta y vuelta sobre el fuego que va quemando, crec-crec, crec-crec, parecen hojas. Tú sigues vivo y chillas, pero tus gritos agudos se van volviendo roncós, te miro a los ojos, tú ya no puedes abrirlos. Estás muerto de miedo. Jajajaja. Tendrás que perdonarme pero ahora, de repente, jajajaja, no puedo parar de reírme. Tendrás que perdonarme. No. No es que sea una sádica, es el chiste aquel que me ha contado Maite, aquel de los mil judíos en un Seiscientos. Quizás es por la peste de chamuscado. Jajaja. Lo siento. Jajaja. Pero, en fin, mejor que no me distraiga, ahora no puedo distraerme, no puedo perder la concentración. De pronto, cojo un cuchillo y, ¡chof!, te lo clavo en medio del cuello, como si lo hubiera hecho toda la vida ¡Bah! ¡Qué peste! ¡Y qué puntería! ¡Flis! Un salpicón de sangre en la camisa. Parece una virgen de las que aparecen en las tostadas, tendré que llamar a un programa de estos de Telecinco. ¡Uf! ¡Qué viscoso! Parece como gelatina. Y el cuchillo sigue en tu cuello. De casa de los vecinos llega una tonada de los Beatles, ¿la oyes? Solíamos cantarla a menudo. Tú, al fin, callas. Sí, chico, y bien que haces, porque ¡qué dolor de cabeza! ¡Qué dolor de cabeza, hostias! Tus chillidos han parado de pronto. Al fin. Al fin has callado. Primero has lanzado un gemido como atragantándote. Como quien se traga el vómito. Ahora todo es silencio, que ya era hora. O sea, silencio, silencio, no; suenan los Beatles. Pero, ¿qué haces? ¿No ves que lo dejarás todo hecho una guarrada? Chico, qué pastiche ¿Es posible que tengas tanta sangre dentro? Aunque, si tengo que serte sincera, últimamente te habías puesto como una foca. Así que sí. Puede ser. Al menos por volumen ¡Ay! ¿Quizás tendría que ir a por una palangana, no? ¡Ay, mierda! ¡Mira que lo sabía! Un barreño para recoger la sangre y ponte a remover para que no queden grumos... Pero, en fin, se me ha olvidado y ya no vale la pena. Hay sangre por todas partes: sangre en el suelo, sangre en mis manos, sangre en la ropa ¡Qué viscoso! La sangre me chorrea entre los dedos. Tec-tec. Las gotas ¡Qué peste, por Dios! Eso de matar no es fácil. Sobre todo cuando lo haces por primera vez ¡Qué panorama, chico! Comer sangre cura la anemia, dicen. Pero no te preocupes: tampoco soy un vampiro, yo. En fin, manos a la obra. Con otro cuchillo te corto la cabeza y, ¡zas!, al suelo. Hace plop cuando toca al suelo. Pero plop y vale. Un golpe seco. Como Newton con la gravedad. Te ha quedado cara de susto, la verdad. No es que quiera ofenderte, pero te ha quedado cara de susto. Así con los ojos cerrados y la boca abierta, no sé bien que pareces. Nunca has sido demasiado fotogénico, tú.... Venga, al lío. Con el mismo cuchillo ahora te despellejo. Más lentamente de lo

que querría, hay que decirlo. Cosas de la inexperiencia. La piel te va saliendo tira a tira, dejando al descubierto la carne roja, ensangrentada, gelatinosa.... *Hey, Jude... Don't be afraid, take a sad song and make it beeeeeetter. Remember, ta-ta-ra-ra-ra-ra-ra...* Te hago un corte en medio del espinazo y te arranco las costillas una por una, rec, rec, rec. Quedas completamente abierto ¡Qué asco y qué peste, por dios! No te sienta nada bien la muerte, qué quieres que te diga. Te veo las tripas y me viene una arcada, una náusea profunda, unas ganas intensas de vomitarte, de vomitarte encima. Pero lo supero. Me trago el vómito. Tal como lo has hecho tú. A este ritmo hoy no voy ni a cenar, chico. ¡Qué faena! Ahora me espabilo, te corto los pies y te dejo cojo. Pobrecillo. Los pelos habrá que afeitarlos con una maquinita y mira que eres peludo, por Dios, porque para tener pelos en los pies hay que ser peludo como el que más. Pero más vale que empiece a hervirte las tripas o se me echará el tiempo encima y mira que ya voy de culo. Pongo agua a hervir, pero, ¡bah!, qué asco. Blub, blub, hacen las tripas. ¡Qué asco! Y venga a voltearlas. Qué cosas tiene la vida ¿A quién se le ocurre clavar el dedo? La curiosidad mató al gato, que dicen. La uña me ha quedado roja, pero, ¡chof!, los tiro al agua. Nunca me ha gustado el olor a carne quemada. En fin, yo sigo. *Ob-la-di. ob-la-da, life goes on, bra'!* *La-la-la-la-la-la...* El estómago, ¡zas!, el hígado, ¡zas!, las orejas, ¡zas!, la lengua, ¡zas! *Ob-la-di, ob-la-ba...* ¿Y aquello de los mil judíos en un Seiscientos? Jajaja, ¡qué risa! De aquí a un par de horas no quedará nada de ti. Pero nada de nada. No serás nada. O quizás sí: jamón, butifarra, chorizo y quizás, incluso, tocino. Y ¡qué banquete!

Pausa.

JUDIT
Te odio.

Pausa.

JUDIT
Hoy voy a matarte.

2. Feliz cumpleaños.

1, 2 y 3.

2

Será espectacular.

1

Seguro.

2

Todo el mundo se va a acordar de esta fecha.

3

¿Habéis seguido mis instrucciones al pie de la letra?

1

Eso me parece.

2

Lo hemos hecho tan bien como hemos sabido, por lo menos.

3

Seguro.

2

La receta era bastante clara.

3

Si habéis seguido la receta con atención, seguro que todo habrá ido de maravilla.

2

Seguro.

1

Tiene buena pinta, además.

2

Tiene una pinta deliciosa.

1

Pero estoy nervioso.

2

¿Nervioso?

1

Estoy nervios, sí.

2

Es normal. A todo el mundo le pasa la primera vez. Pero todo irá bien.

3

Si habéis seguido escrupulosamente la receta no puede fallar nada.

1

Lo hemos hecho.

2

Pues no puede fallar nada.

3

¿Seguro? ¿Habéis respetado meticulosamente las cantidades de cada ingrediente?

2

Pues claro.

3

Las proporciones son el punto clave. *(Pausa.)* Es como el allioli ¿Has probado nunca un allioli con exceso de ajo?

1

Pues claro.

3

Pues aquí pasa lo mismo.

2

Hemos sido meticulosos.

3

Tantos días preparándolo, sólo faltaría que todo se fuera a la mierda por una chorrada como ésta.

2

Eso no pasará.

1

Espero.

2

Será espectacular.

3

Supongo que habéis guardado el secreto.

1

Pues claro.

3

Pues no hay porqué sufrir. (*Pausa.*) Será una sorpresa de las buenas.

1

Pues que quieres que te diga... Yo creo que se lo esperan. Vendrán prevenidos.

2

¿Tú crees?

1

Yo creo que alguien se lo ha dicho. Y nos mandarán la sorpresa al carajo.

3

Eso no pasará. Hoy es un día especial. Eso no pasará, ¿me oyes?

1

Sólo digo que quizá se lo esperan.

3

Te digo que eso no pasará.

2

Pues qué quieres que te diga... Ahora que lo pienso...

3

¿Qué insinúas? ¿Es que habéis largado algo a alguien?

2

¡Claro que no!

3

¿Quizás a alguien se le ha escapado?

2

Te digo que no.

3

Pues mejor, porque no podemos relajarnos. Hay mucha gente que confía en nosotros. Han sido

muchos los que han depositado sus ilusiones en nosotros. Y todo el operativo depende de nosotros.
(Pausa) ¿Seguro que habéis seguido paso a paso la receta?

2
Pues claro.

3
¿Y habéis sido meticulosos con las proporciones?

2
Ya te he dicho que sí.

3
Dímelas.

2
¿Qué?

3
Dímelas de memoria.

2
¿Es que me tomas por un aficionado?

3
No nos podemos arriesgar a que algo falle.

1
Díselas, va. No nos podemos arriesgar a que algo falle.

2
De acuerdo. (Pausa.) Una botella de cristal de un litro de capacidad, un trapo de algodón de treinta por treinta centímetros, un corcho, seiscientos gramos de gasolina, doscientos gramos de aceite de motor de coche, un mechero...

3
Ya vale. (Pausa.) Tenedlo todo a punto y estad pendientes de mi señal ¡La victoria es nuestra!

3. Una llamada

El de abajo y El de arriba

EL DE ARRIBA

Se llama Lucas, Lucas Martín. Ha cumplido los nueve hace muy poco y es guapísimo. Mide uno treinta y es más bien delgado. Es rubio, tiene el pelo corto y sus ojos verdes siempre me recuerdan a los de su madre. La nariz, en cambio, no. Su nariz, más bien respingona es evidente que la ha heredado de mí, no hay lugar a duda. Lleva ortodoncia por aquellas cosas de la edad y tiene un lunar en la frente, aquí. Sus vambas preferidas son las Nike y siempre va conjuntado a la perfección, probablemente con ropa de temporada de *El Corte Inglés*. Es un niño simpático, risueño y de una educación exquisita. Te lo comerías. De verdad que te lo comerías. Hace tercero de primaria en la clase de los leones en el Colegio del Día y su profesora –experta en pedagogía Warldof– siempre dice que es el alumno modélico, el número uno. Pero, más allá del cole, es un niño activo como el que más. El niño perfecto. Los lunes toma clases de violín, los martes de teatro y los viernes de vela, en el puerto. Los miércoles y los jueves, justo cuando acaba el cole, lo va a buscar la canguro, Lucía Albarado, una chica encantadora hija de los vecinos de la casa de veraneo que hemos comprado en Cadaqués. Mi niño la tiene absolutamente enamorada. Meriendan en alguna plaza y luego se van para casa a hacer los deberes. Vivimos en un primero con mucha luz y somos una familia feliz. Los otros días, cuando va a extraescolares, lo recoge su madre cuando sale del bufete de abogados. Los lunes a las seis y media, los martes a las ocho y los viernes a las siete en punto. Su padre, o sea, yo, pobre de mí, apenas tengo tiempo libre. Estoy demasiado atareado dirigiendo una empresa de telecomunicaciones en la parte alta. Pero, pese a eso, puedo afirmar y afirmo que mi niño es mi más absoluta prioridad.

Pausa.

EL DE ARRIBA

Un día, sin embargo, temí por su vida. Recibí una llamada. Al otro lado del teléfono alguien me amenazaba. Me dijo:

EL DE ABAJO

Se llama Lucas Martín. Su vida vale 300.000 euros. Antes de veinticuatro horas.

EL DE ARRIBA

Y los pagué. *(Pausa)* Era mi hijo.

Oscuro. Y, entre la oscuridad, una voz:

Voz 3

Dicen que antes de la tormenta, antes que el cielo estalle y descargue con fuerza toda su rabia, se suceden unos breves minutos, unas horas quizás, de una calma aterradora, de un silencio atronador. Nuestra rabia es, en este caso, la respuesta a años, siglos, quizás milenios de silencio. O quizás a toda una eternidad. Años, siglos y milenios atterradoramente, atronadoramente silenciados.

Voz 2

"Nuestra generación no se habrá lamentado tanto de los crímenes de los perversos, como del estremecedor silencio de los bondadosos".

Voz 3

Martin Luther King.

4. El tango

Luz. El hombre y Judit, cada uno en un extremo del escenario, se miran con actitud desafiante durante unos breves segundos. O durante un par de siglos, quien sabe. El deseo se desparrama entre sus miradas y la atmosfera se vuelve densa, casi pornográfica. Sin embargo –e imprevisiblemente- Judit empieza a reírse de forma desafortunada. Delante de esa histriónica risotada, primero El hombre se desconcierta y mira a Judit completamente descolocado. Pero, al cabo de un momento, se contagia de su alegría y –aunque quizás (o, de hecho, seguro) un poco forzado por las circunstancias- empieza a reírse él también. Al cabo de unos segundos, sin embargo –unos minutos, quizás, o quizás unos lustros, quien sabe- El hombre se cansa y para en seco. Entonces mira con perplejidad a Judit, que sigue riéndose, hasta que la perplejidad de sus ojos se vuelve enojo. Casi amenaza. Judit, pese a eso, es toda euforia, es toda ella una gran risotada. El hombre, pues, del todo fuera de juego por la inoperancia de sus miradas, decide acercarse a ella mediante un breve paseo, a medio camino entre el deseo de seducción y una ansia terrorífica de control. Judit, que se da cuenta, deja de reírse progresivamente y se mantiene a la expectativa. No entiende qué es lo que pasa. El hombre se planta delante de ella y sonríe. Judit le mira. Sonríe ella también. Finalmente, él la empuja apasionadamente contra su cadera y, a partir de ahí, la pareja se lanza desafortunadamente al deseo y empieza a besarse y a manosearse todo el cuerpo sin dejar espacio al pudor. O a la restricción. En ese momento empieza a sonar el tango Gallo Ciego de Osvaldo Pugliese. Inmediatamente y en actitud soberbia, El hombre agarra a Judit de un brazo y de la espalda y la estruja contra su pecho hasta el umbral de la asfixia. La pareja tensa el cuerpo y empieza a bailar. Él, seguro de sí mismo. Ella, sumisa al capricho de El hombre. Después de unos minutos –ahora sí, unos minutos- el tango acaba.

EL HOMBRE

Dicen que, en el tango, el hombre debe adoptar una actitud viril y dominante. Es el torero.

JUDIT

La mujer, en cambio, siempre viste de rojo. Es la capa de torear y, como tal, debe dejarse llevar.

5. 1 de mayo

1 2 y 3.

1

13 de noviembre de 1887. Chicago. (*Pausa*). Los presos salen de sus celdas al pasadizo angosto. Se dan la mano, sonríen. Les leen la sentencia por los hechos del 1 de mayo y los días sucesivos. Les sujetan las manos por la espalda con esposas plateadas; les ciñen los brazos al cuerpo con una faja de cuero; les echan, por encima de la cabeza, una mortaja blanca. Abajo, la concurrencia está sentada en hileras de sillas delante del cadalso, como en un teatro. Ya vienen por el pasadizo de las celdas, a cuyo final se levanta la horca. Spies marcha a paso grave, desgarradores los ojos azules, hacia atrás el cabello bien peinado, blanco como su misma mortaja.

2

Honorable juez, mi defensa es su propia acusación, mis pretendidos crímenes son su historia.

1

Fischer le sigue, robusto y poderoso, realzados por el sudario los fornidos miembros.

3

Si he de ser ahorcado por profesar mis ideas anarquistas, por mi amor a la libertad, a la igualdad y a la fraternidad, no tengo inconveniente. Lo digo bien alto: dispongan de mi vida.

1

Engel anda detrás a la manera de quien va a una casa amiga, sacudiéndose el sayón incómodo con los talones.

2

¿Debo temblar porque me han vencido aquéllos a quienes hubiera querido vencer?

1

Parsons, como si tuviera miedo a no morir, fiero, determinado, cierra la procesión a paso vivo.

3

La sociedad actual sólo vive por medio de la represión, y nosotros hemos aconsejado una revolución social. Si voy a ser ahorcado por mis ideas anarquistas, está bien: mátenme.

1

Acaba el corredor y ponen los pies en la trapa: las cuerdas colgantes, las cabezas erizadas, las cuatro mortajas. Plegaria es el rostro de Spies; el de Fischer, firmeza; el de Parsons, orgullo rabioso; a Engel –que hace reír con un chiste a su corchete- se le ha hundido la cabeza en la espalda. Les atan las piernas, al uno tras el otro, con una correa. Les echan por encima de la cabeza las cuatro caperuzas. A Spies, a Fischer, a Parsons, a Engel.

2

La voz que vais a sofocar será más poderosa en el futuro que cuantas palabras pudiera decir yo ahora.

3

¡Este es el momento más feliz de mi vida!

Pausa.

1

Una seña, un ruido, la trapa cede. Los cuatro cuerpos caen a la vez en el aire, dando vueltas y chocando. Parsons ha muerto al caer, gira de prisa y cesa. Fischer se balancea, retiembla, estira y encoge las piernas, muere. Engel se mece en su sayón flotante como si la marea fuera y se ahoga; Spies, en danza espantable, cuelga girando como un saco de muecas, se encorva, se da en la frente con las rodillas y al fin expira, rota la nuca hacia adelante, saludando con la cabeza a los espectadores.

3

(entonando un primer fragmento de la Marsellesa)

Allons enfants de la Patrie,

Le jour de gloire est arrivé!

Contre nous de la tyrannie,

L'étendard sanglant est levé.